

PRIMICIAS DE PARIS

POR

PEDRO FIGARI

PARA "LA NACIÓN"

PARIS, marzo de 1926



acompañarla. Sylvia, en vez, ofrece en su casa un ordenamiento a la inglesa o norteamericana, y también tiene retratos: Shakespeare, Edgar Poe, Lincoln, Whitman, Joyce, Antheil... Hay un gran reloj-péndulo, raro, y un gatito negro, que está ubicado en una silla que ostenta este letrado "Esta silla pertenece a Lucky". Ella dice con toda formalidad que su gato lee este letrado, y se pone contento.

Para darse cuenta de la sagacidad de su talento, baste decir que apoya decididamente a Joyce, que es un incomprendido forzoso de los que ignoran el inglés, entre los que cuento, y de muchos que lo hablan corrientemente. Es en su librería que se edita "Ulysses", obra proscrita de Inglaterra.

Por sus librerías se ven desfilar poetas, escritores, dramaturgos y toda clase de intelectuales estudiosos, y naturalmente van los de habla francesa a casa de Monnier y los de habla inglesa a lo de Beach. Ahí compran libros o los toman prestados, no sin discutir con las dueñas, requiriendo a menudo su información que ellas dan

gustosas, y que se escucha con gran atención. Lo dicho basta para darse cuenta de que no se trata de comercios comunes, sino de instituciones de propaganda intelectual. En estos centros modestos permanece vivo el propósito educador de los espíritus, como en los templos permanecen los cirios encendidos. Ellas tienen como religión el culto al esfuerzo del intelecto humano, esfuerzo que bien que sea puramente ideológico no deja de ser la guía esencial del dinamismo humano en la evolución general.

Hay más: ambas desempeñan la función de lo que podría llamarse ternura materna para con los jóvenes empeñosos, hurgadores, trabajadores, por desconocidos que ellos sean, siempre que se les vea honestamente interesados en proyectar un hilo de luz en las tinieblas impenetradas del misterio integral. A éstos los amparan y los estimulan con su comprensión ágil, y sólo dejan librados a su suerte a los necios, a los que tienen como blasón intelectual la vanidad, sin ofrecer las efectividades del fruto fecundador, que es producto de un esfuerzo honroso y abnegado, y modesto a fuerza de honestidad.

Es curioso ver cómo estas dos jóvenes se imponen la tarea del consejo y del esclarecimiento para con sus camaradas, y cómo son escuchadas a fuerza de haber probado su lucidez, su cordura y una probidad que se ofrece en ellas con la evidencia del peñasco.

Tan cierto es que son idénticas las aspiraciones que animan a estas dos mujeres que Adrienne fundó una revista: "Le Navire d'Argent", para reforzar su acción protectora de la intelectualidad. Insueme en esta revista todo lo que le produce su librería, y más. Entonces acude Sylvia con su "Shakespeare and Company", es decir, con sus recursos y, así, con sus muñequitos solidarios van abriendo

paso a una tribuna noble y fecunda. Todos los estudiosos desean que llegue a una franca y legítima prosperidad dicha publicación, y estos augurios están en vías de realización.

No será difícil que muy pronto Marcelle Auclair y Jean Prevost, dos escritores familiares de estos centros, ya conocidos en las letras ventajosamente, sigan el camino de Adrienne y de Sylvia, fundando un nuevo centro para las letras hispano-americanas, cosa que tanta falta hace.

Integran este núcleo, como si fueran dos hermanos menores de Sylvia, Georges Antheil y su esposa Beske, intelectual húngara que lo acompaña con el alma. Antheil, joven norteamericano que hacía jiras como niño prodigio, con gran éxito, prefirió, anheloso de avance y de gloria, exponerse a las protestas y silbidos que produjeron sus primeras composiciones musicales, de una originalidad, de una audacia y de una fuerza sorprendentes. Sylvia, llena de fe, espera que llegue pronto la culminación. Nosotros hemos oído en un centro de alta cultura intelectual, en una velada en casa de Miss Barney, su famoso "Ballet mecánico", y muy pronto ésta y otras de sus producciones se escucharán en París, en un gran concierto.

Es Antheil un trabajador infatigable y entusiasta, y es en esos terrenos donde más fácilmente arraiga el genio.

Ahí, en el silencio de la calle del Odeón, y en un silencio lleno de recogimiento, vive Rinette, la hermana de Adrienne Monnier, haciendo poesía cósmica con seda de color, y entregada a su raro arte con el alma entera. Entiernece ver a esta joven hermosa contraída enteramente, íntegramente, a su tarea superior, como la abeja se contrae a producir miel.

Estas cosas tan altamente humanas son parisienses, ultraparisenses; esto es un fruto de civilización superior.

EN la pequeña calle del Odeón, del Barrio Latino, pueden verse dos librerías de aspecto modesto, una gris y la otra negra, cargadas

ambas de libros y colocadas casi frente a frente con estos letreros: "La Maison des Amis des Livres" y "Shakespeare and Company".

Conocí en casa de unos simpáticos amigos porteños a las respectivas dueñas de ambos comercios: Adrienne Monnier y Sylvia Beach, de las cuales había oído hablar mucho, y pude, inmediatamente, darme cuenta de que la idea mercantil es la que menos pesa en sus espíritus. Lo que se advierte en seguida es que son dos individualidades vigorosas.

La primera, Adrienne Monnier, blanca y rosada, joven y fresca, de fisonomía franca y abierta, luminosa (podría muy bien ser una santa, si no lo es) tiene cabello castaño claro, lacio, y peinado hacia atrás. Sus ojos verdes son de tal transparencia que, por fuerza, han tenido que aventar cualquier mal pensamiento, si lo hubo, dado que quedaría ahí en descubierto. Ya no quedan, ahora, más que los pensamientos sanos y claros, y esto se advierte apenas se discurre con ella un momento.

Sylvia Beach, de fisonomía fina, distinguida, de mirada aguda, penetrante, y de cabellera ondulada, es también joven como la otra, pero, a pesar de eso, ofrece una madurez intelectual acentuada, y hasta sorprendente. No la manifiesta menos, por otra parte, Monnier o Adrienne, como se la llama indistintamente por sus innumerables amigos.

Estas dos jóvenes cultivan un mismo ideal y forman, así, un núcleo solidario. Adrienne, hija de un modesto empleado de Correos, nació en París, y desde su infancia se apasionó por los libros, notando que los librerías

vendían sus libros sin dar noticia alguna a su respecto, por ignorar su contenido. Se le ocurrió entonces fundar su casa. El famoso escritor Paul Claudel, en una conferencia, decía que había sido Adrienne Monnier la que primero notó la diferencia que hay entre un libro y una libra de manteca. Al recordar esto, Adrienne sonríe con satisfacción. Para ella, que comprendió tan claramente que el libro es el trasunto fiel del enorme esfuerzo cerebral y sensorial humano, el más empeñoso en la obra de adaptación y mejoramiento de la especie, tiene doble gracia este distinguido.

Sylvia pertenece a una distinguida familia norteamericana de pastores protestantes. Su padre, que tiene doce ascendientes directos y sucesivos que han desempeñado la misma función religiosa, fué pastor en la Presbyterian Church en Princeton, Nueva Jersey, y actualmente es presidente de las Iglesias Protestantes aliadas. Justamente, de esta Iglesia dependieron dos presidentes americanos: Groven Cleveland y Woodrow Wilson. Como concurrente asidua de "La Maison des Amis des Livres" entabló una gran amistad con Adrienne, y comprendiendo el significado de su obra decidió establecer una librería congénere, de habla inglesa. Esto ocurría en 1918, esto es, algunos años más tarde que Adrienne fundara la suya, que data de 1915. Sylvia, asociada así a la obra de Adrienne, es aún más que su hermana, su camarada.

Y es curioso ver a cada una de ellas, ya sea juntas o en sus respectivos centros, tan distintas, aparentemente, e iguales en su espíritu.

Adrienne tiene su casa de un solo color, y todo en ella es sobrio. El frente y las tres salas son grises. No hay más adorno que los retratos de los escritores amigos, esto es, los más salientes. Cuenta con dos jóvenes empleadas atentas y solícitas, que parecen haber nacido para